

Mario Osses

## Noticiario

«EL HIJO DEL GUARDABOSQUE», de *Juvencio Valle*,  
Nascimento, 1951.

En los verdaderos poetas no resulta difícil sorprender la autenticidad del arte con que se solazan. Después de haber acompañado a Juvencio a través de su itinerario por *La Flauta del Hombre Pan*, *El Tratado del Bosque*, *El Libro Primero de Margarita y Nimbo de Piedra*, suspendimos en más de una oportunidad el juicio por temor de modificarlo más tarde. Con este nuevo libro—en la voz y la altura de *El Tratado del Bosque*—culmina el acento de nuestro lirida y se afianza el criterio que sobre él habíamos concebido: Juvencio Valle es el único poeta sustancial y definitivamente agreste; y para que no se le confunda con otros que hacen profesión campesina de lance, lo vamos a denominar con un vocablo que desazonará a más de un honrado misoneísta. Lo llamaremos «antropodéndrico», o sea, hombre arbóreo.

El antropodendrismo de Juvencio Valle no es de hogaño. Sería sencillo rastrearlo en sus primeros versos, pero nos compete por ahora exhibirlo en este nuevo

libro de sazón, donde se halla explícito casi en declaraciones notariales. Son a saber:

«Más que un leño  
arden mis estancias secretas; aquí florecen  
como una selva hirviente mis maderas;  
irrumpen por mis cuatro costados las raíces (p. 14),

En la raíz me afirmo, ella es mi Biblia (p. 15).  
El tiempo me ha tatuado como a un árbol (p. 19).

Y yo mismo me contemplo a pie desnudo  
rondando por la selva. Verde el pelo caído,  
el pecho florecido de líquenes. Las manos  
como zarcillos ágiles. El talón movedizo  
como la hoja suelta que el viento arremolina (p 32).

Macho y hembra los quiero: tronco y rama.  
Roble y enredadera. Que vayan nuestros hijos  
a cielo descubierta a fundar su arboleda (p. 52).

Desde raíz a copa sufro y vivo (83).

Me quemó totalmente de raíz a racimo (p. 137).

De esta sensibilidad arbóreo-natural surge la exquisitez lírica de Juvencio Valle, comparable sólo a la de aquel otro hijo de guardabosque llamado La Fontaine. Y si en nuestra lengua suprimimos a Garcilaso, no consideramos empresa laudable encontrarle paralelo.

Sin duda el maestro francés tiene extraordinaria flexibilidad racional y psicológica (aparte recursos expresivos inagotables), mientras el español raya en el escándalo mismo de las modulaciones sentimentales

más afinadas y tenues que cuenten en literatura; pero ni aquél ni éste, ni ambos juntos pueden rivalizar con el oro lírico de la juguetería de Juvencio, con su alegría de ingenua puericia agraria, con la sutileza de su inadaptación civil sugerente, con su fuerza instintiva de sabiduría exotérica simple y directa, con la liturgia móvil, auditiva y plástica de un lenguaje de poderosa verdura.

No le celebramos El Libro Primero de Margarita. Por el contrario, calentábamos la esperanza de que no publicara un segundo, pues el preciosismo carcome la raíz del ingenio. No nos entusiasmó tampoco Nirabo de Piedra, desde su título duro: y en efecto, es una cantera en que el estro del poeta se hace sangre. Por lo común las reivindicaciones sociales no reivindican al que por ellas brega, y Juvencio no constituye excepción.

Volvió de sus malos pasos en este libro; retornó a su legítimo ancestro. Lo que los malos pasos tienen de peor, es el verse enardecidos por los galardones de la crítica al uso y al abuso, con lo que suelen reverdecen. Por fortuna, éste es poeta cierto, y en el octavo de sus cantos, se recupera como hijo pródigo de la poesía:

«Hoy vuelvo a mí como aquel que en el ensueño voló muy alto, y anduvo por años suspendido entre celeste y mágico, para caer de golpe en tierra dura. Ahora, al fin me reintegro a mi viejo redil; retorno como la oveja que de andar descarriada perdió vellón y albura».

Exacto.

Pero todavía hay exactitud y clarividencia mayores

Sienta mal el artificio a quien arrienda puesto tan esclarecido en la sencillez de la tierra; no cabe en un hombre arbóreo de Nueva Imperial del Sur, de las verdes llanadas mapuches de los alrededores de Temuco vegetal, donde todo cobra el prestigio de lo primitivo, desde los helechos a los crepúsculos. Los 34 poemas de «El Hijo del Guardabosque» son como una crónica de la Frontera, del mismo modo que el Poema de Mío Cid lo fué de Castilla: pues en uno y otro fructifica el casticismo concreto que da la experiencia de las cosas, por infinitos modos superior estéticamente al que otorgan las conceptuales sutilezas:

Solamente en contacto vivo con la tierra (p. 38).  
Y quien puede ahora impedir que yo duerma  
encima de las eras, teniendo por almohada  
gavillas y relinchos. Me llaman los arados,  
el grave buey me lame. Tendido sobre la tierra  
ya pueden confundirme con los tubérculos.

Puedo marchar en paz con mi conciencia,  
palpando las espigas, oliendo los barbechos:  
me sé lleno de fuerzas, ceñido por el vaho  
caliente de los surcos. De los agrios corrales  
salgo fortalecido... (p. 39).

¿No son de virgiliana prosapia estos versos? ¿No son la respuesta afirmativa al requerimiento del varón que en las «Geórgicas» exclamó: O fortunatos nimium sua si bona norint...!? Pues de la frutal familia de los Teócritos y de los Virgilio es nuestro Juvencio, y aun nos sentimos empujados a decir «animal», si en parejo epíteto se reconoce el antecedente de alma—cual lo quisiera Klages—y se le opone a «espiritual».

Porque sin duda el enervamiento que producen las civilizaciones con sus «refinadas» instancias hiere de muerte a la poesía. Esta no podrá jamás alimentarse en capas segundas, tendrá que chupar siempre en los hontanares de la instintividad si quiere crecer fuerte y ancha de raíces.

He aquí la poesía de inmediatez elemental de Juvencio. Son las palabras del agro familiar que con sus milenarios sedimentos de uso, con sus pátinas de costumbre humilde restablecen de pronto su alcurnia, y ocurren endomingadas a un conjuro erótico. Entonces prestigian con la suprema realidad humana: la costumbre, que es la primera naturaleza, aunque no lo haya columbrado Aristóteles:

¿Qué nombre he de ponerte? Te diré yerbabuena,  
loba de leche azul, celosa y cariñosa fiera;  
te diré pan de la casa, dulcísima levadura;  
te diré, enamorado, bálsamo de mi herida (p. 48).

Y va creciendo agreste y paganamente El Hijo del Guardabosque, cuya voz eglógica nos llega desde las profundidades silenciosas del Sur, chapaleando entre hojarascas y aguazales hasta condensarse en diti-rambos y epitalamios de tersuras bravías y dulces:

Te aliso el largo pelo con música y abejas;  
una rosa escarlata te prendo en la cintura;  
pongo una flor de incendio entre tus dedos;  
te arreglo la sombrilla de espuma transparente  
y con ramos dolorosos preparo el lecho (49).

Y sigue creciendo esta voz verde y tímida como una yema; sigue hinchándose con elementalidades hasta

hacerse trascendental. Quien no conozca las bellas poblaciones parasitarias de los robles, el que no haya saboreado la carne rosácea y blanda de los digüeños húmedos y temblorosos como hocicos de ternera o no haya visto llover con sol entre la filigrana verde del bosque, aprenda de una vez que la sugestión animal de la tierra es la que empreña al arte, sepa de golpe que sólo vivencias apretadas de la naturaleza preparan la habitación de lo absoluto. Las que fraguan en este epitalamio, son de pureza bruta, las únicas capaces de develar el arcano erótico, en cuyo combate cruento se señorea siempre la muerte de la momentaneidad:

Te beso frente al tiempo, apenas apoyado  
en un hilo de luz. Mas, qué apretado lazo  
me amarra a tu costado. Qué poderoso nudo  
de sangre hago contigo. Tu vida con mi vida  
en roja y fuerte alianza, en adherido sello,  
es un juntar vehemente de herida con herida (p. 50)

Y ahora tenemos que habérmola con tempestuosas, desbordadas borracheras de vegetaciones, llegamos a la «orquestación del bosque donde los pájaros cantan vestidos de rocío y las heladas estrellas pesan como zafiros entre las ramas». Llegamos «al país crepitante, a la insurgente república lacustre y move-diza, al reino de la umbría de los sabios vacíos aun no descubiertos». Desde los cantos XIV al XVIII es una ininterrumpida oda en que se hace perceptible la maravilla, un derroche lujuriente de aciertos, un lampadario móvil y ubicuo de asombro con que se alumbran las profundas galerías eufónicas y cromáticas del ser vegetal.

Nunca se hizo tan enorme poesía de lo pequeño. No sabemos de un poeta que pudiera decir con más propiedad:

Llénaseme aquí de tierra el pecho virgen  
y la miel, silenciosa, al caer por mis hombros,  
cual un alba dorada me viste de dulzura» (p. 58).

Los hindúes llegaron hasta la concepción de millones de dioses, ¿qué mucho si Juvencio empuña millones de maravillas? ¿Las maravillas que el pie burdo de lo cotidiano huella y agosta inconsciente? Aquí la bellota y el lirio, la cebada y la leche, el pez y el bruto, la harina y el barro, y el puelche y el río, y el cielo y la noche y el copihue y el chilco y la topa-topa y el michay y todos los arbustos y las hierbas familiares y los pueblos y hasta las piedras, todo absolutamente ennoblecido por su ejecutoria exacta. Zozobra la sensibilidad en este bosque trémulo y adolescente, donde le crecen los sentidos a Juvencio con caudalosas barbas vegetales de sabiduría. Los sentidos, esas puertas de la sensibilidad que en los místicos como San Agustín y Santa Teresa conducen a Dios. ¿Hay algo más misterioso que los sentidos? Son la poesía de la piel, la suprema voluptuosa que posee a la naturaleza por «moradas». El poeta es aprendiz sensorio, entreteje percepciones y amarra estructuras vivenciales urgiendo al oído y al ojo, al olfato y al gusto, al tacto y a las vísceras. Y así lo reconoce y recomienda Juvencio en los cantos XVII y XVIII, donde revela serle habituales la magia de los sentidos desde las captaciones singulares a las sinestesias: «Sé que el perfume canta, que los colores tienen su mágico sonido» (p. 67).

Pero lo interesante no es ni el reconocimiento ni la admonición, sino la agencia. «El Hijo del Guardabosque» no es un teórico como existen tantos, autores de Manifiestos y de Artes Poéticas insospechables en que se dictaminan por sus pasos contados las excelencias de tales o cuales promociones, inteligentísimas todas. Juvencio es lo que Rubén Darío predicó de Verlaine: un «Panida», es decir, hijo de Pan. El propio vástago del guardabosque admite la ayuda del dios agreste: «Y Pan el impetuoso es quien me ayuda». En su primer libro confiesa la consustancialidad divina al tocar su flauta, y en el último insiste en la estirpe de su fautor:

«Pan que atento  
pule y labra su música, que teje y entreteje  
con temblorosos dedos su espeso cañerío (p. 68).

Sí, Pan cabrío y bicornes infunde mocedad a esta poesía ebria de optimismo; pero si el ordinario epígono de Dionisios bulle su música desquiciadora, sabe también Apolo apacentarla y apaciguarla, y entonces la poesía de Juvencio permanece como en suave equilibrio de mármol o de agua quieta. Hay versos de placidez tan elegante como los tercetos de Canto al Agua (p. 71), los arbitrarios cuartetos de Aguaprofunda (p. 81) o las libres cadencias de Invitación a Millaray (p. 87). Verifiquémoslo someramente en algunos recortes:

Al agua, al agua limpia canto y digo:  
desde mi oscuro abismo te presiento,  
aguacopa, aguacielo y agualirio (p. 72).



Tengo melancolía. Es silenciosa y tibia:  
de claridad y hondura estoy herido (p. 81).

Mis hermanos son libres como el agua.  
Van por la vida con su ardiente sino;  
gustan palpar la tierra, oler la hierba,  
y en vez del oro manejar el lirio (p. 82).

Cuélgate de mi brazo, te llevaré hasta el puente;  
sabrás lo que es un árbol y un molino  
y a media milla aún de la herrería  
han de salirte al paso  
el cántaro silvestre,  
la abeja y la lechuga.

Te abrocharé el zapato,  
te alzaré por el aire muchas veces;  
te contaré en secreto  
donde viven los peces colorados.  
«Viven entre las piedras», te diré suspirando,  
y tú, llovida y libre, tocarás las campanas... (p. 87-89)

¿Cabe pedir más en menos? ¿Alhajar con mayor humildad?

Quizá no.

Y apenas promediamos este puñado de cantos, cuando se abre una habitación regia, en que el propio Fray Luis morara: una paráfrasis del «Cantar de los Cantares». El profundo agustino lo hizo en octavas reales, al paso que nuestro poeta la encima en quintetos.

¿Qué sugestión es la que ejerce la Biblia en nuestros liridas? En Gabriela es de profética reciedumbre— como alguna vez en de Rokha—; en Cruchaga es de

solada, y en Juvencio Valle es verdifresca y hasta de carnal alborozo. Pero en todos y cada uno (aun de indirecta suerte en Neruda), se explica el influjo— a nuestro decidido riesgo por el primado que tienen las «cosas» con su mayor temperatura concreta, con su más alto y rotundo peso perceptible: la Biblia es una lección perpetua de poesía. Lo es al hilo total de sus libros, porque la fibra común está constituida por la carnadura de la naturaleza y se suelda todo con el vaho caliente del instinto, en que madura sabiduría primaria y bestial.

El parafraste ha muchos años rompió el hueso para sorberse la médula del «Cantar de los Cantares» con pulcritud y limpieza paganas. Desde los tiempos cenitales de «El Tratado del Bosque», ese pequeño libro que a nuestro juicio es uno de los jalones de la literatura en castellano junto a «Crepusculario» y «Los Veinte Poemas de Amor», «Desolación», «Los Gemidos» y la «Ciudad Invisible», para reunir en un haz crítico las cinco puntas de la estrella poética de Chile.

Son estrofas de majestad ritual, muy próximas por el fulgor cenestésico que las invade y proyecta a las de Juntos Nosotros, la oda nerudiana reposada y alta en que el cuerpo humano enciende al espíritu con la sola y pura y aristocrática energía de su autoconciencia. No le va en zaga Juvencio al autor del «Canto General»:

Qué vaso de jugos vitales es tu ombligo  
y qué árbol de armonías tu manzano oloroso  
y qué vigas de cedros tus hombros erguidos,  
qué palomas tan dulces y dormidas tus ojos;  
qué imponente tu porte de azucena del Líbano.

Te pongo como a sello en mi corazón, estoy contigo en el golpe de la sangre, en mi pulso te llevo; en el sol jubiloso de la mañana te recibo, hasta el fondo del vaso con delicia te bebo (p. 95-96).

Hemos pensado siempre que el poeta es el nostálgico de épocas primitivas, de tiempos en que los sentidos eran niños y al prestigio de la palabra se anteponía el de las cosas. Y por eso pensamos que el arte es cuestión más o menos agraria, pues en el campo sólo se encuentran las reservas subconscientes que suelen faltar en las inteligencias ciudadinas.

Después de varios lustros, Juvencio ha recuperado el lustre de su raíz anteica, su contacto telúrico, hasta recordar que «la col tiene un moño apretado y siete vestidos verdes, un cántaro que le echa agua pura, un sapo que canta para ella», por ejemplo. O reparar en que la «la rosa tiene los hombros tumultuosos y el pecho zozobranante en su real marea». Y además que «su historia es simple como el hilo. Está escrita en el aire. Nació del agua viva. La luz le dió su sangre, el viento azul el ala».

¡Y tantas otras nociones que son redescubrimientos, infantiles, ingenuas cosechas para la troje de la poesía en que se harta la madurez vital, sin embargo!

El genio es hermano de la bonhomía; camina tan recto al fondo que desconcierta y los sesudos lo estiman simple. A La Fontaine lo llamaban «buen hombre» Boileau y Racine cuando Moliere sentenció: «Tened cuidado con el buen hombre. Quizá nos sobreviva a todos».

Zahorí: La Fontaine superó a todos los poetas en su género.

En Juvencio Valle vemos otro buen hombre...